

Los angeles times

REVISTA DE DANZA

“Gypsy” es un perfume picante de Oriente

La bailarina tunecina Leila Haddad pone su huella en el folklore egipciaco en una muestra de movimiento.

Lewis Segal, Los Ángeles Times

24 de marzo del 2008

El folklore de Alto Egipto enlaza y a veces fusiona distintas tradiciones: la antigua de los faraones, las tradiciones rurales de los pueblos de la zona, otras que vienen de la conquista otomana y las influencias más recientes panislámicas. A todas éstas, la bailarina tunecina Leila Haddad añade (incluso en el vestuario) rasgos de Rajasthan (India) en su espectáculo de 90 minutos titulado ***En las huellas de las ghawazee*** en el Royce Hall de UCLA el sábado.

En todas sus danzas Leila se apoya en la autoridad de siete hombres, grupo denominado *Músicos gitanos de Alto Egipto*, maestros de instrumentos tan secretos como el violín de dos cuerdas, el clarinete doble, la flauta y tambores de todo tamaño. Y su danza es más excitante cuando se apoya más estrechamente en el ritmo de su música, sea con movimientos de brazos o con gesto agudo de caderas.

En un momento de su danza con un bastón plateado, momento del folklore egipciaco más conocido del programa, se respalda rápidamente en el enorme tambor circular sostenido por El Kinawy.

En otros momentos establece un largo juego con el percusionista cantante El Hamy Mohamed, y más tarde con Youssef Moubarak le cual se desliza detrás de ella y, estirándose hacia delante, toca su violín por encima del busto de ella.

La amistad y el encanto de estos momentos dejaron atrás los solos más convenidos de Leila, sobre todo cuando una malograda sonrisa forzada cortó la espontaneidad de su actuación, que cuenta con isolaciones musculares complejas pero sin esfuerzos que vinculan la habilidad de las ghawazee con las técnicas de la danza moderna.

Muchas piezas empiezan con música lenta que crea una atmósfera (flauta por ejemplo, o estos violines insistentes) y rápidamente acelera y se estructura con el

ritmo de las percusiones y a veces de las voces. Leila refleja este ritmo con pasos rápidos y ligeros y acentos que van de vibraciones generalizadas a ondulaciones de la pelvis.

También sabe deslizarse de lado de manera sensual, dar vueltas lentas que se pueden acabar en espirales hasta el suelo, y cruzar el escenario deslizándose como volando. Y a veces corta el flujo del ritmo que le costó tanto establecer con un movimiento de espaldas, unas sacudidas de sus largas rastas o un simple gesto que sirve de punto de exclamación.

Moviéndose en el escenario oscuro con capas de tela brillante, personifica todo el morbo y la fantasía que los artistas nómadas trajeron a los pueblos rurales a través de la historia, la huida de la vida diaria que todavía buscamos en casi todos los espectáculos.

Alguna gente llamará a Leila bailarina del vientre, pero la palabra, además de desprestigiar su arte vinculándolo con exhibicionismo de cabaret barato, no dice nada del trabajo de expansión y contracción del torso, del pecho que ostenta en uno de sus solos, ni de estos brazos líquidos que luce en el ritual de invocación que abre el espectáculo, ni de su cuello.

Llamarla bailarina oriental sería igual de falso – uno se esperaría encontrarla con kimono o coronada de flores y no con el velo largo que llevaba el sábado encima de vestidos o pantalones, con acentos de oro metálico pero de tono principal rojo con naranja y negro.

Hay que llamarla mujer del mundo, una que se trasladó a Francia antes de los veinte pero que se define a sí misma como artista que pertenece a muchas culturas y a muchos tiempos que hace suyas sus bellezas y las comparte con nosotros, hoy que nuestro mundo oscurece y necesita todo tipo de escape.

Además de los músicos ya mencionados forman parte del grupo Abdallah Farah, Mohamed Mourad, Ramadan Atta y Gamal Goma.